

La execración de la crisálida

▪ Pablo Ricardo Silva Guadarrama*

DOI: 10.19136/Cz5232j23

A Huitzilopochtli

Cumplo sentencias

aguardando

en este presidio

de infinitos sonidos

adjetivados:

coloso e infame avispero

—horrendo saco

amniótico—,

de brutales buitres.

Ellos me alimentan

con lengua por un ducto craso

y me hacen pasar días

monologando

tauteos.

Últimamente,

la soledad

percibe un lejano resollar

interceptado por la

pirámide moribunda

de mi epidermis.

¿Será un huésped?

Un sucio arrimado

en mi mansión,

asqueroso marrano,

al cual pretenderé

correr con una escoba vehemente:

fingiré indulgencia

y festividad,

mi sable inventará su cadáver,

tragaré su peana,

y defecaré su espíritu

en los laberintos de su intuición

¡Amén!

¡Convidado, sea bienvenido al festín del Edén!

En tu honor,

son diversos los platillos para este banquete

—alabada antropofagia,

te invoco en los participios—:

*Egresado de la licenciatura en Letras Hispánicas por la Universidad Autónoma Metropolitana campus Iztapalapa, titulado con la tesis Laura Méndez de Cuenca: poesía en impresos en el siglo XIX, aprobada por la maestra Alma Irene Mejía González en el año 2019. Cuenta con experiencia en corrección editorial y formación de textos académicos. Estudia la Maestría en Apreciación y creación literaria. Ha publicado los siguientes libros:- Laura Méndez de Cuenca Poesía en Impresos Del Siglo XIX. El siglo XIX, El diario del hogar y la Revista azul (2019)- Noche lúgubre (2020)- Pérez: el sueño de un piloto de fórmula 1 (2021)- Huitzilopochtli: guerra eterna (2021)

me permitiré aherrojarte fielmente
 intensísimas supernovas
 dentro del frío vientre
 de mi amada Layla
 —acequia adornada de azahares
 aborrecidos por tu aciago alacrán
 solapado en el alféizar
 al tambor del auscultar de mi gacela
 en arrecifes
 aflorados en un ojaral
 de la asesina sombra
 bajo su tierna atalaya
 de mezquinos risos
 hasta la zozobra
 de un linaje absurdo—:
 instituidas normativas
 de esta patética constelación
 con un aparente tribunal,
 a quien, en seductor vestido,
 recibo alambicado
 con mis tres
 ilotas nigromantes
 —doncellas ámbar de Belfegor—
 que salmodian lunas extremas
 tras la tirana ofrenda
 de mi único grito:
 «Consiente la entrada reminiscente,
 cercenada inteligencia,
 donde turbio templo agónicas esquiras,
 desecho llanto y susto,

abuso vacuo aliento
 y ensaño afligido, con torrentes catas, el recto
 —paradoja del estupro yaciente intestina
 en el divino terror, tumba de impiedad funesta—,
 a tu iris de undosa tiniebla
 para tremolar
 la insignia del soto estrangulado
 por narco fosas magnates;
 para madurar albas terroríficas de fetiches
 ahondados
 en contemplar gozosos
 travestismos
 sin desdeños mezquinos
 y procelosos
 al retumbar masoquismos
 despeñados
 y padecidos
 por gracia de la bula sádica de reos católicos;
 para constreñir epítetos adorados
 por calvas eminencias,
 los tósigos resabios de lo amado;
 quedarse con el verdadero significado de las cosas;
 sólo hablar con polisemias;
 para fusionar, en las bailarinas estanterías,
 vagas vaqueras con angélicas libélulas
 al ponerle los cuernos,
 por negocios misioneros, a los nevados dragones
 enchufados de sesenta y nueve peonzas
 puestas, en su silla caliente,



un ascensor mariposa,
por esposas torpedo,
arañas de un trono
plañido de mantequillas cataratas
regalo del gato
con cara de cucharearte
la carretilla
completa.
Y, por último,
pero no menos importante,
para batir la desbandada del funesto sueño,
el cómo azoran los desnudos tornasoles,
en vórtices rayos,
a desangradas fieras,
mientras pelean violentos destinos sin eco».

¡Así te exhibo mi trémula conciencia!
Advierte, ruin, enardecidas providencias,
desprecia cuando suntuoso probé
teñidas de sublime
las estrujadas gorjas
de tu cloaca virgen.
Mama lenocinios rugidos entre niños
en recreos cegados bajo tus cándidas
envidias del obscuro conocimiento.
Rompe, infausta y coagula un anhelado
afán de capturar algunos errados reflejos,
realidades enfermas de escalar cerros discursi-
vos
siempre aburridos, claros y concisos.

¿Eso codicias?
¿Tanto mental esfuerzo para tal minucia?
No te lo daré.
¡No te daré una verdad para asirte, naufrago, en
mis mares!

Yo te ofrezco
un oasis;
un inhalar de mis sales
para regar tus alvéolos
con mi cardumen
variado y fluorescente.

En fin,
te ofrezco
a ti.

Ahora,
aquí estás tú
con los parpadeos de un pensamiento
cobarde:

En este instante,
eres la maldita quimera oculta
en la página blanca,
eres la frase:
«[Espacio en blanco]»,
porque no te conozco,
no me contestas,
no te oigo;
no existes.

Eres un lector muerto.

Hoy.

Yo te invento;
tú eres,
porque yo lo quiero
al final de este párrafo.

Mi dedo prende tu pecho
y arde un intelecto.

De este nuevo tú, estoy obsesionado;
quiero complacerlo, tocarlo, probarlo.

Apetezco de este nuevo tú;
libérame,
penétrame,
besa la concavidad de mis uñas,
rasguña mi esternón,

escupe en mi oblicuo,
convierte mi voz en fentanilo
vendido en alguna vecindad
pordiosera
y, al inyectarme,
extínguete
en un mal viaje
con el borrascoso agobio imponderablemente
hostil de un delirio turbulento, sombrío
y fingido en tenues
certezas poco a poco
más párvulas
hasta lo negro,
lo más negro,
muy negro,
super negro,
como la lobreguez
del canto infantil e inflamado
de un diafragma frío sobre las delgadas
y hambrientas manos
del inmigrante sentado
dentro de un camión
abandonado en un desierto norteamericano
en una noche inasiblemente
luminosa.

Ya estás desnudo
en medio
de la calle de Sullivan,
donde las hermosas



putas vomitan
anhelos dirigidos
por mí,
el humilde corifeo.

¡Bacantes,
aférrense a su sexo!

Coro: «Padeció y fue sepultado,
y resucitó en su pierna,
según las escrituras y subió al cielo
y está beodo»

¡Nereidas,
canten en su ano!

Coro: «una grata claridad vacía de excremento a mis
intestinos,

cuando olvido sobre ese mar tu psique
que se exhala en el elogio de estas almohadas de
barro»

¡Furias,
traguen sus pies!

Coro: «Si estás invalido para ser parte de mí;
yo seré yo por los dos»

Está llena de sutiles epitafios, esta delicada masacre
tuya.

Yo no veo humanidad en una aurora;
soy desmesuradamente ciego enfado,
pues la espantosa pobreza
de mi pueblo ignorante
no tolera la implsión
de mi semilla;

no crece mi árbol,
espejo estival
del nonato abstracto,
generador
de ruidos grotescos
de acereras cadenas
agitadas a un compás
de ya querer
ser alumbrado,
pues sigo encerrado
en estas palabras
y codicio alejarme
de mi madre,
la tinta
sufrida
de esta camilla albar
del Instituto mexicano del seguro social
—con millares de baldadas diestras
mojadas del pus fétido
y siniestras ocupadas
en dulces abortos—.

Quisiera
contar con corporeidad,
afectar todos mis sentidos,
germinar del verbo,
romper la hoja
y plantar un beso
en tu enfermedad
para fenecer contigo.

Mas no he nacido;
no soy ni la potencia
de un afeminado Averroes,
ni hostigo las tráqueas,
con el poder sacro
de una banda tricolor en mi pecho,
de los ciudadanos
al acatar mis más absurdos mandatos presiden-
ciales.
No soy la sobrenatural unión,
ni súcubo afán,
ni la copulación con tu razón franciscana,
sólo me retiro triste al refugio del onanismo
a finir en la vida de mi entendimiento
sin probar las mieles finas requeridas
para las ideas.

mas mis barcos son lentos,
aún con tu sacrificio para el viento,
y la mitad de mis elefantes
mueren mareados.

Yo ya me considero derrotado.
¿Qué gritos son esos?

Veo las hordas en la playa,
y mi sangre enardece
agradecida
por el ofuscamiento
del placer embravecido
por el futuro son
de la colisión victoriosa
de mi escudo.

No me espantas,
jodida tormenta.

Yo llegaré,
pues mi nombre
es Inkarri.

Ya he matado
en estado no nato.

Ya soy sin
la otredad.

10

Cinzontle

¿Cómo llamar a los ataúdes de las cautivas
ingenierías emanantes de un difunto?

Un dios para cada nuevo clavo
en la constante madera
de lo auténtico.

Triste hermenéutica de un coloquio
de dos ciegos paralíticos:
uno es sordo y el otro, mudo.

En agosto, invadiría Esparta,

